



LA MAGDALENA.

La iglesia de la Magdalena, que es un verdadero templo del gusto antiguo, es el cuarto edificio religioso construido sobre el sitio que hoy ocupa. El primero se remonta á principios del siglo XIII. En esta época existía ya en el mismo local una pequeña iglesia, que llevaba el nombre de la ciudad del Obispo, á causa de una granja que el obispo de Paris poseía entonces en aquel lugar. Hacia la conclusion del siglo XV la *ciudad del Obispo* era muy concurrida, y como cada día iba en aumento, fué indispensable aumentar su tamaño y construir una iglesia mas espaciosa y mas sólida: el rey Carlos VIII, atendiendo á esta necesidad, puso la primera piedra en 1487. Carlos IX estableció una hermandad de penitentes, á la que pertenecían él y su muger la reina Ana de Bretaña; mas la iglesia no llegó á ser parroquia hasta el año de 1639.

Veinte años después fué reemplazado por otro, poniendo la primera piedra Ana María Luisa de Orleans, y entonces recibió el nuevo templo el nombre de Iglesia de la Magdalena. Yendo aumentándose la población, fué preciso erigir un templo mas espacioso y mas vasto aun, que es el que nos ocupa, y al que dió principio Luis XV en 1764, encargando los planos al arquitecto Constant; pero como murió en 1777 se encargó su continuacion al arquitecto Conture. Los acontecimientos de 1789 suspendieron los trabajos hasta el año de 1808, en que concibiendo Napoleon el proyecto de convertir este edificio en un *Templo de la Gloria*, le consagró al grande ejército.

Todo el edificio fué trasformado para recibir su estructura actual, que está modelado conforme á los diseños de Pedro Vignon. Por muerte de este arquitecto, sepultado bajo la puerta principal de dicha iglesia, le sucedió Mr. Fluvé, miembro del Instituto y de la Academia

de Bellas Artes. En 1813 los trabajos se paralizaron, hasta 1816 en que se volvieron á continuar por orden de Luis XVIII, destinando á la Magdalena á un monumento espiatorio en honor de Luis XVI y de Maria Antonieta. Los trabajos caminaron entonces con mucha lentitud, y cuando la revolucion de julio de 1830 todavía no estaban concluidos. En esta época el rey Luis Felipe quiso tener la gloria de concluir este edificio, como el palacio de Orlay y el arco triunfal de la Estrella.

Este vasto monumento, construido sobre el modelo de un templo romano, forma un paralelógramo de 100 metros de largo sobre 40 de ancho, elevándose sobre un basamento de 4 metros de altura, rodeado de 32 columnas acanaladas, de orden corintio, de 15 metros de altura, de 3 de circunferencia y de 2 metros y medio de diámetro. Estas columnas estan aisladas y son de mucha elegancia. El peristilo se forma una doble línea de columnas, presentando cada estremidad del edificio ocho columnas de frente y 18 por el costado. La fachada principal, adornada de todo lo que la escultura puede producir, es magnífica y grandiosa, y nada hay comparable con su riqueza y su elegancia.

El frontis, obra maestra del escultor Lemaire, representa el juicio final. Las figuras tienen 3 metros, 33 centímetros de proporcion: en medio del frontis se halla Jesucristo, á su izquierda la Magdalena en de una actitud suplicante é implorando el perdon de los pecadores representados por los siete pecados capitales, y á quienes rechaza un ángel con una espada y esta inscripción latina *Vae impiis!* A la derecha del Salvador se halla un ángel que acaba de tocar la trompeta del juicio final; detrás de él estan las viudetas teologales, después un ángel ayudando á un *justo* á salir de la tumba, sobre el cual ha grabado el artista estas palabras latinas: *Ecce dies salutis*, y debajo la

25 DE SETIEMBRE DE 1835.

inscripcion siguiente: *D. O. M. Sub invocatione Sanctae Magdalene.*

La puerta principal, que es de colosales proporciones, es una obra única en su género, y fué compuesta y ejecutada por Triquesti, y fundida en bronce bajo su direccion por MM. Richad, Eck y Durand; tiene 10 metros de altura sobre 5 de largo, y representa los mandamientos de la ley de Dios.

La galería de la derecha mira á los boulevares; tiene 14 nichos que comprenden otras tantas estatuas, y entre las que se ven las de Santa Teresa, San Eugenio, San Francisco de Sales, San Gabriel, debidas todas al cincel de los mas afamados escultores. Igual número de estatuas hay tambien en la galería de la izquierda, que son otras tantas obras maestras de célebres escultores.

El interior de la iglesia es admirable, y corresponde á la magnificencia y riqueza exterior. Arquitectos, pintores y escultores, todos han ido á dejar allí un testimonio eterno de la grandeza de su genio.

La iglesia de la Magdalena está consagrada al culto católico, y fué bendecida por el arzobispo de París el año de 1842, con ocasion de los funerales de M. Humann, par de Francia y ministro de Hacienda. Hoy este monumento es sin disputa uno de los mas bellos y de los mas magníficos de la capital.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

TERCERA AMPLIACION.

La venida de la corte á Madrid, y el considerable aumento que fué consiguiendo en su poblacion, hizo estenderse de tal manera sus límites, que á vuelta de muy pocos años borró las huellas de los anteriores, destruyó sus cercas y murallas, é hizo avanzar sus puertas, quedando solo los nombres de las antiguas como recuerdos históricos á los sitios en que estuvieron.

Este rápido crecimiento, que triplicó ó cuadruplicó en poco tiempo el antiguo caserío de la villa y su arrabal, se verificó simultáneamente por todos lados, excepto á la parte occidental, donde aun continuaron como continúan, sirviéndola de límites el Real Alcázar y los enormes desniveles ó Cuestas de la Vega y las Vistillas que bajan al río Manzanares.—La puerta de Segovia, ó Nueva de la Vega, construida por entonces, así como el famoso puente frontero, obra del insigne Juan de Herrera, y el último trozo de calle del mismo nombre, desde las casas de la Moneda, adelantaron algun tanto sin embargo por aquel lado, rebasando la antigua muralla.—Multiplicóse extraordinariamente el caserío entre los altos de las Vistillas y el ya antiguo convento extramuros de San Francisco. Convirtiéronse en calles animadas el camino ó Carrera que á este guiaba desde la vieja Puerta de Moros; el humilladero de Nuestra Señora de Gracia; las tierras y huertas contiguas al camino real de Toledo; siendo necesario colocar la salida á este (que como ya queda espresado anteriormente se hallaba entre la plazuela de la Cebada y San Millán) mucho mas abajo, y en el mismo sitio próximamente adonde está la actual puerta de Toledo.—El Rastro, la dehesa de Arganzuela y de la Villa; la de la encomienda de Morata; la puerta del clérigo Bayo, y los rápidos desniveles y barrancos, ventas, tejares y mesones en direccion al barranco de Lavapiés, se trasformaron en las célebres barriadas de estos nombres.—La puerta de Anton Martín fué sustituida por otra denominada de Vallecas, situada cerca del arroyo de Atocha, estendiéndose hasta ella la hermosa calle de este nombre; y se formó la alameda en el antiguo prado de Atocha, desde el famoso santuario de aquella veneranda imagen hasta la subida á San Gerónimo. La parte de dicha alameda, que después llevó el nombre de este último monasterio, y hoy es la principal de aquel magnífico paseo, se allanó y regularizó por primera vez, segun el testimonio del maestro Juan Lopez de Hoyos, en 1582, con ocasion de la entrada solemne de Doña Ana de Austria, última esposa de Felipe II.—La Puerta del Sol avanzó por este tiempo al camino de Alcalá, como hacia adonde está hoy la entrada del Retiro, y entonces se formaron y poblaron la principal y hermosísima calle de Alcalá, y el estendido cuarto de circulo de E. á N., trazado entre ella y las de la Montera, Hortaleza y Fuencarral, á cuyos extremos se abrieron los portillos de Santa Bárbara y de los Pozos de la nieve.—Colmóse el otro inmenso distrito entre esta última calle y la ancha de San Bernardo (llamada entonces de los Convalientes), á cuyo final pasó la puerta que estaba en la plazuela de Santo Domingo; y por último las Pueblas nuevas, hechas por D. Joaquín de Peralta, y demás hacia el monte de Leganitos, terminaban al N. y N. O. con los portillos de Maravillas, de Amaniel, del Conde-Duque y de San Joaquín (hoy de San Bernardino), quedando

fuera la posesion conocida después por Montaña del Principe Pio, con las huertas de las Minillas, la Florida, Buytrera y otras hasta el Puente del parque de Palacio, que venia á estar donde hoy la fuente del Abanico, á la bajada de las Reales Caballerizas. Dicho parque de Palacio y campo llamado del Rey, se estendian como hoy hasta la bajada de la Vega.

Vese por lo dicho que los nuevos límites señalados hace cerca de tres siglos á la poblacion de Madrid, no han tenido mas alteraciones sustanciales en tan largo periodo, que la inclusion dentro de ellos del real sitio del Buen Retiro fundado por Felipe IV, y alguna consiguiente estension hacia la puerta de Alcalá; y por el lado occidental la montaña del Principe Pio, y bajada ó paseos de la puerta de San Vicente. Pero aquellos límites que entonces se señalaron á Madrid incluyendo multitud de huertas, tierras de cultivo y eriales, tardaron en rellenarse todo el siglo que medió entre la mitad del XVI á la mitad del XVII; en términos que en esta última época ya presentaba Madrid la misma figura en su perimetro y el mismo trazado de sus calles que hoy dia, salvo algunas escepciones de cerramientos ó variaciones posteriores.—De todo ello podemos juzgar cumplidamente por la inspeccion material del gran Plano grabado en Amberes en 1656, de que ya hicimos mencion, y en el cual se ve exactísimamente reproducida la topografía de esta villa, con la altura de los edificios en perspectiva caballera por la parte de Mediodía, huertos, jardines, paseos y arboledas del recinto y contornos.

En esta nueva poblacion, trazada ya para servir á mas importantes necesidades, se buscó con preferencia un terreno menos accidentado, se abrieron ó formaron en él calles mas rectas y espaciosas, algunas magníficas, como las bajas de Toledo y de Atocha, la carrera de San Gerónimo, la de Alcalá, la Montera, Fuencarral, Hortaleza y ancha de S. Bernardo; y se construyeron en ellas multitud de edificios de consideracion.—Sin embargo, es de lamentar que á la ereccion, puede decirse de nueva planta, de la villa capital del reino, no presidiese mayor gusto y esmero; no se tuviesen en cuenta ciertas condiciones indispensables para su futura prosperidad.—No pretendemos por esto que la nueva villa fuese improvisada con la regularidad y fatigosa monotonía de un tablero de damas; sino que procurándose todo lo posible la nivelacion de los terrenos, dándose á todas sus calles la conveniente anchura, cortes y comunicaciones, proporcionándose á distancias convenientes plazas regulares y desahogadas, avenidas y puntos de vista calculados, se hubiese en ellas construido el caserío con cierta regularidad y algunos edificios públicos de necesidad y grandiosa perspectiva; hubieran en fin consignado los arquitectos de aquella época en la corte del reino el buen gusto y magnificencia que ostentaban en otras ciudades y en las nuevas que por entonces se fundaban en la América española.—No fué sin embargo así, y ni los tesoros del Nuevo Mundo, ni la fuerza de voluntad, poderío y alta inteligencia de Felipe II, ni el colosal y privilegiado talento de Juan de Herrera y sus contemporáneos los Toledos, Monegros, Moras y Vegas, alcanzaron á imprimir á Madrid aquel sello de grandeza y majestad que requería la corte de la monarquía española.—La puerta segoviana, obra del primero de aquellos grandes artistas; la plaza Mayor, del reinado de Felipe III, y el sitio del Buen Retiro, obra de Felipe IV, son los tres objetos mas dignos que recibió la corte de los monarcas de la austriaca dinastía; pues por un error lamentable, aunque muy propio de aquella época, al paso que señalaron su esquisita piedad y consumieron sus tesoros en fundar dentro de sus muros sesenta ó setenta conventos con otros tantos templos, todos medianos y nada mas, descuidaron elevar una catedral digna de la capital del reino, y dotar además á esta de los otros edificios públicos necesarios para su administracion, orden y decoro.

Los particulares, á su vez, siguieron aquel mal ejemplo, y procedieron sin gusto y sin concierto en la construccion del caserío. La grandeza del reino, agrupada en derredor del trono y viniendo á formar parte de la poblacion de Madrid, se contentó con levantar enormes casarones, que solo se diferenciaban de los demás por su inmensa estension, y el vecindario en general, dividiendo y subdividiendo hasta un término infinito los terrenos ó solares, llegó á formar hasta el número próximamente de las siete mil casas que hoy cuenta Madrid; pues si por un lado la abundancia de jardines pertenecientes á ellas, y la multitud de grandes monasterios que hoy se ha utilizado para construcciones particulares, ocupaban una buena parte del perimetro, por otro los edificios construidos posteriormente son mucho mas estensos, como que en cada uno de ellos se han ocupado los solares de tres ó cuatro de las antiguas casas, cuyo número puede por lo tanto calcularse en el dia como equilibrado con el anterior.—En cuanto á las doce mil y mas que suponen los entusiastas historiadores del siglo XVII, solo puede explicarse por el lente de aumento con que solian mirar á Madrid, ó por la hiperbólica diction de un par de casas con que acostumbraban designar á cada edificio que tenia dos pisos ó habitaciones.

Generalmente estos eran pocos por muchas razones: En primer

(1) Véanse los números anteriores.

lugar, la población era mucho menor todavía; y la vida interior del pueblo debía ser tan modesta y poco ganosa de comodidades, que quedaba satisfecha con cualquier cosa; con un hediondo portal, con una oscura y empinada escalera, y con media docena de estrechos y desnudos aposentos, coronados por un mezuquino zaquizamí; todo esto formado y multiplicado en el reducido espacio que toleraban los conventos, que en Madrid, como en la mayor parte de las ciudades del reino, constituían la parte principal de la población; y aun aquella tolerancia en favor del vecindario estaba las mas veces limitada en la altura de las casas, en el número de las ventanas, en sus salidas y comunicaciones, que no habían de privar de las luces, ventilación e independencia á los amplios monasterios contiguos ó fronteros; no habían de registrar sus espaciosos huertos, ni impedir que sus estendidas y solitarias cercas dominasen en calles des pobladas, y sus elevadas torres levantasen hasta el cielo sus agujas y chapiteles.

Por último, otra razón muy poderosa para limitar y reducir á mezquinas condiciones el caserío general de Madrid, fué la gravosa carga que el establecimiento de la corte trajo consigo, y era conocida con el nombre de *Regalía de aposento*.—Este pesado servicio del alojamiento de la real comitiva y funcionarios de la corte, recaía naturalmente sobre las casas que tenían mas de un piso y cierta espaciosidad; y aunque posteriormente y cuando en 1606 se restituyó á Madrid la corte desde Valladolid (adonde se había llevado en 1601), fué compensado y capitalizado aquel penoso gravamen con el servicio de 250,000 ducados que ofreció la villa por equivalente á la sexta parte de los alquileres de las casas durante diez años, continuó pesando en esta forma exclusivamente sobre todas las que tenían mas de un piso, razón por la cual continuaron las construcciones de *malicia* ó solo piso bajo. Así lo vemos espresado terminantemente, entre otros varios documentos de la época, en el primitivo *Registro general de aposento* concluido en 1651 (manuscrito interesante que posee uno de nuestros amigos) donde dice:—«Calle de Toledo (antes de la Manecibia). Una casa de Mari-Mendez, mujer de Blas Caballero, soldado de la Guardia Española, que era de *aposento*, y el que mandó se hiciese de *malicia*, tasada en 56 ducados.»—Aludiendo también á esta espresiva significación de aquella palabra, dijo el festivo Quevedo hablando en uno de sus romances de cierta mujer de mundo de las que él solía retratar:

«Por no estar á la *malicia*
labrada su voluntad,
fué su huésped de *aposento*
Anton Martín el galán.»

Una sola ventaja, aunque indirecta, resultó á la villa de Madrid de este penoso impuesto, y fué la disposición acordada en 1749, reinando Fernando VI, de hacer una *visita* y reconocimiento general de todos los edificios de la población, numerarlos, aunque por el imperfecto método de dar la vuelta á cada manzana, señalar fijamente la cuota por la que cada una de las no exentas había redimido aquel servicio, indicar las sucesiones en su propiedad desde cuando podía ser conocida, y trazar, en fin, en sendos planos las 357 manzanas con la figura geométrica del solar ó planta de cada casa, cuyo trabajo precioso y detallado forma doce grandes volúmenes en marca imperial: los seis primeros comprensivos de los *planos*, y los otros seis de la medición, renta y propiedad de los edificios. Magnífico estudio y trabajo en que tomaron parte como arquitectos de la Real Hacienda y de la villa D. José Arredondo, D. Ventura Padierna, D. Nicolás Churiguerra, D. Fernando Moradillo y D. Francisco Perez Cabo, y autorizado por D. Manuel Miranda y Testa, caballero del hábito de Santiago, visitador general de real *aposento*, y D. Miguel Fernandez, teniente director de la Real Academia de S. Fernando y teniente arquitecto principal del Palacio Nuevo, como arquitecto del juzgado y visita de *aposento*, no quedó concluido hasta 20 de diciembre de 1767 reinando ya Carlos III (1). Esta primorosa *Planimetría*, que probablemente será la única en las ciudades de España, y en que no escederán, si llegan, ninguna de las que puedan haberse trazado de las principales capitales extranjeras, se hizo, sin embargo, modesta aunque concienzudamente, sin altas pretensiones estadísticas, y con un objeto muy subalterno por la Real Hacienda.—En cuanto á la villa de Madrid, á quien principalmente interesaba tan prolijo conocimiento de su topografía y riqueza urbana, no tomó, al parecer, parte alguna en ella, y ni aun se ocurrió á su cuerpo municipal el natural deseo y justísima solicitud de obtener para su archivo una *copia* de aquella importantísima obra. Sacáronse, sin embargo, tres idénticas al original, que fué destinado

y se conserva en la que fué *Contaduría de aposento*. Una de ellas se depositó en el *Archivo general de Simancas*; otra en la *Biblioteca Real*, y otra en la *Academia de Nobles Artes de S. Fernando*;—y el *Ayuntamiento de Madrid* durante el siglo trascurrido, y los arquitectos municipales, siempre que han necesitado (y necesitan todos los días) trazar una alineación, resolver una duda de propiedad, ó medir un edificio, acuden modestamente á consultar aquellos datos fuera del *Archivo de la villa*.—Por decoro é interés de ésta, no podemos menos de denunciar tan vergonzoso descuido, y escitar al ayuntamiento, para que aprovechando la ocasión de haberse casi suprimido por redención general y voluntaria la renta de *aposento*, y no siendo ya necesario en las oficinas de Hacienda de la provincia, adonde se han refundido las antiguas de la *regalía*, el magnífico ejemplar original de aquella obra que yace arrumbado en sus estantes entre el polvo secular, se apresure á solicitarlo del Gobierno antes de que desaparezca ó se inutilice de cualquier modo.

Con este motivo, y habiendo hecho mención de aquel esquisito trabajo, no podemos menos de consignar aquí la gratitud que le debemos y á sus modestos autores, por habernos proporcionado la mayor parte de las noticias estadísticas é históricas de las casas de Madrid que dejamos emitidas y seguiremos emitiendo en estos *recuerdos*, las cuales hubiera sido imposible precisar sin tener á la vista aquella operación preliminar de la numeración y planimetría de Madrid, no verificada, como queda dicho, hasta la mitad del siglo pasado.

La cerca general que marca hoy los límites de la villa, tardó todavía un siglo en construirse, como se puede ver por la Real cédula expedida por el señor D. Felipe IV, fecha 9 de enero de 1625, en que se manda al ayuntamiento de Madrid levantarla, aplicando para ello la sisa del vino, que antes lo estuvo á la obra de la plaza Mayor. Dicha Real cédula (que obra en el archivo de la villa) espresa claramente que la mencionada cerca se labró, mas bien para contener que para favorecer la ampliación, error que ahora lamentamos y que impidió á Madrid continuar su conveniente desarrollo. Hé aquí los términos en que está concebido el curioso preámbulo de dicha Real cédula:

«Desde muchos años á esta parte se han reconocido los daños que se causan de no estar cercada la villa de Madrid donde reside mi corte, así por lo que sin límites se van estendiendo los edificios, como por las salidas que hacen al campo las mas de las calles, y ser por ellas franca y libre la entrada de gente y mercaderías en el lugar, por no poderse poner en ellas (siendo tantas) la guarda que conviene, con lo cual falta también la noticia necesaria de los que entran y salen en esta corte, y á los delinquentes les es fácil salir de ella y librarse de no ser presos por las justicias, que tendrían mas mano en su prisión si las salidas fuesen ciertas. Y siendo de tanta importancia para la conservación de mi Real Hacienda y las alcabalas y sisas que se me pagan, que de tal manera entren los bastimentos y mercaderías por puertas ciertas en que se registren, que no puedan divertirse ni entrar por otras, y que esta misma utilidad y conveniencia se halla cuanto á la administración y beneficio de las sisas que para causas públicas tengo concedidas á esta villa, y mucho mayor y de necesidad precisa para guardarla, si lo que Dios no permite, sucediese en ocasiones de peste; habiéndome diversamente consultado por los de mi consejo, y considerando en esto atentamente, he acordado que en la posada de vos, el presidente, se haga una junta para este efecto en que se hallen con vos los dichos Pedro Tapia y Gil Imon de la Mota, el corregidor de Madrid y seis diputados que estan nombrados ó se nombrasen en adelante por el ayuntamiento de esta villa y someto á la dicha junta para que en ella ordeneis y dispongais que con la mayor brevedad que se pueda se cercque esta dicha villa por las partes y sitios y con la forma de edificios que por vosotros en la dicha junta se acordase, dejando las puertas que conviniese y fuesen necesarias en las principales entradas y salidas de esta villa, cada una con la fábrica y adornos que os pareciese según los sitios y parte donde hubiesen de quedar, etc.»

Dicha cerca se emprendió á consecuencia de esta Real cédula y á costa de la villa y por el real patrimonio, que tomó á su cargo la parte del nuevo sitio del Buen Retiro, de la Montaña del Príncipe Pio, y del Parque; pero tardó mucho tiempo en concluirse; de suerte que algunos años después pudo muy bien decir el maestro Tirso de Molina en una de sus comedias (1).

«Como está Madrid sin cerca,
á todo gusto da entrada,
nombre hay de Puerta Cerrada,
mas pásala quien se acerca.»

Pero al fin se realizó, aunque sin pretensiones de muralla ó fortificación, y limitándose únicamente á la construcción de una débil

(1) *Planimetría general de la villa de Madrid*, y visita de sus casas, asientos, y razón de sus dueños, sus sitios y rentas, formada de orden de S. M. á virtud de real cédula fecha en San Lorenzo á 22 de octubre de 1749, referendada por D. Cenón Somodevilla, marqués de la Ensenada.

(1) La huerta de Juan Fernandez.

tapia, la misma que, restaurada en algunos trozos, existe todavía, y que si no ha servido para defender á Madrid contra las acometidas de propios y extraños, ha sido bastante para impedir su desarrollo y hacerle permanecer estacionario en los límites que se le impusieron de Real orden hace tres siglos.—El aumento de la población, de la riqueza pública y las exigencias del buen gusto, han hecho que renovándose, especialmente de treinta años á esta parte, casi todo el caserío antiguo y mezquino, se haya visto sustituido por otro mas digno y propio de una ciudad principal, y que sin las trabas ya indicadas que antes embarazaban al propietario, y auxiliado además con los mayores conocimientos, buen gusto y adelantos de la época, hayan podido convertir en halagüeño y decoroso el aspecto antes sombrío y conventual de las calles de Madrid.—Pero la desdichada cerca y las puertas (algunas por desgracia modernas y monumentales), que le salen al paso, sostenidas por el interés del fisco y del presupuesto municipal, han traído la necesidad de aprovechar demasíadamente el terreno disponible para la construcción dentro del perímetro de Madrid, de acrecer considerablemente el valor de los solares, y por consecuencia la explotación de ellos hasta una altura desmedida, dando cuatro, cinco ó mas pisos á las casas, que sin aumentar el número de edificios, sirven sin embargo hoy para albergar una población doble ó triplicada.

Este inconveniente, que de pocos años á esta parte se ha hecho mas sensible, pudo y debió preverse hace mucho tiempo, y en algunas ocasiones se presentó en el siglo pasado la oportunidad de su remedio; por ejemplo, cuando la construcción del nuevo real Palacio, que segun la idea de los arquitectos Jubara y Saqueti debió haberse verificado en los altos de S. Bernardino, con lo cual se hubiera estendido naturalmente la población hacia aquel sitio mas llano y despejado, cuya ocasion se perdió por el empeño de Felipe V en levantar el palacio sobre las ruinas del antiguo Alcázar.—Posteriormente cuando al advenimiento al trono español del gran Carlos III, y para celebrar la memoria de su entrada en Madrid en 1760, se elevó el magnífico arco de triunfo ó puerta de Alcalá, debió adelantarse esta mucho mas que se hizo, hasta la esquina de aquella real posesion en que hoy está la montaña artificial, empalmando con su cerca la general de Madrid, proyectando luego el radio conveniente entre Levante y Norte, hasta ir á buscar la montaña del Principe Pio á la entrada de la cuesta de Areneros ó bajada á la Florida.—Las demás ampliaciones de Madrid que se han venido proponiendo hacia la parte de Occidente y Mediodía, ó son imposibles ó inútiles, por el enorme desnivel del terreno y las condiciones miserables de las calles y barrios que habian de prolongar. Algun tanto puede ampliarse hacia la puerta de Atocha; pero el futuro Madrid está, como ya dijimos, entre el otro ángulo del Retiro al Levante y el que forma la cerca de la montaña de Pio.—Así lo debió comprender tambien el gobierno actual, cuando en 1846 mandó levantar un plano de ampliación de Madrid por aquella parte, y aun espidió la real orden de 6 de diciembre de dicho año que disponia su ejecución.—Pero una medida de tanta magnitud no se dicta ni improvisa; un pueblo no se duplica de real orden; una ocasion no se crea, sino se aprovecha cuando viene: y lo mas que tiene que hacer el gobierno en este punto, es ir preparando indirectamente, y remover los obstáculos que se opongan á la satisfaccion de una legítima necesidad. En este sentido se espuso al gobierno en aquella ocasion lo conveniente, oportuno y hacedero á nombre de la corporación municipal de Madrid, y en su consecuencia quedó aplazada aquella disposición, que sin duda alguna llegará á realizarse naturalmente cuando el aumento sucesivo de la población, el surtido de aguas, el crecimiento consiguiente de la industria y la reforma de los impuestos y régimen fiscal, hagan venir á tierra las mezquinas cercas, é impulsen al vecindario á continuar el caserío mas allá de ellas, convirtiendo en estensas barriadas y magníficas calles las tierras, huertos y paseos que median entre el camino de Alcalá y la Fuente Castellana, entre esta y la montaña del Principe Pio.—Todavía sin embargo, á nuestro entender, tardarán muchos años hasta hacerse apremiante esta necesidad, pues que dentro de los límites actuales de Madrid existen aun calles, barrios y distritos enteros, como los del Barquillo, Maravillas y Alfigidos, apenas poblados mas que de un infeliz y miserable caserío, y que naturalmente ha de renovar el interés privado antes que ir á poblar el exterior. Lo mas que veremos los vivientes será el irse formando y regularizando como arrabales el de la izquierda de la puerta de Alcalá desde frente á la esquina del Retiro á la huerta de la Veterinaria; el del barrio de Chamberí, y el de la puerta de Atocha, pudiendo además formarse otro muy conveniente á la bajada de la cuesta de la Vega en el sitio llamado de la Tela, compuesto de edificios propios para almacenes, fábricas, talleres, posadas y carreterías.—Con cuyos cuatro arrabales ó burgos exteriores, tendrá muy suficiente Madrid para todo lo que falta de siglo.

R. DE MESONERO ROMANOS.

ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS-VIDRIOS, GUI SANDO Y ESCALONA.

CARTAS A UN AMIGO.

II.

Por fin satisface, señor D. Juan, la curiosidad de conocer los toros mas célebres de España: aquellas antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, que levantó en peso el caballero de los Espejos, por agradar á su Casildea de Vandalia, empresa (al decir de Cide Hamete Benengeli), mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Pero si la admirable fabula del mayor ingenio que vieron los pasados siglos y esperan ver los porvenir, hizo famosas tan rudas moles por toda la redondez del mundo, un verdadero y felicísimo suceso de eterna memoria tenia derecho á exigir de los españoles, no solo que pusiesen á salvo de las injurias del tiempo y de la bárbara guerra de carboneros, pastores y gañanes aquellos simulacros, la venta que junto á ellos estuvo, y el monasterio frontero, sino que todo ello defendiesen bronce y mármoles indestructibles. ¿Quién olvida que por Enrique IV y sus magnates fué con juramento aclamada aqui heredera del cetro de Castilla la santa y varonil matrona que en justicia y paz habia de gobernar sus reinos, unirlos en uno, de divididos que estaban, acorralar en Africa á los alarbes, descubrir regiones desconocidas, y dejar á los monarcas de la tierra el mas perfecto dechado de todas las virtudes? En este dia (19 de setiembre de 1468), y en este sitio brotó la libertad de España, y por vez primera en el espacio de treinta siglos, de esclava se proclamó señora.

Pero el ánimo padece al contemplar dominando hoy la destrucción por todas partes. Ya no existe la venta de Tablada, en donde se aposentó Isabel (1). Pronto, muy pronto, no existirá el monasterio de gerónimos de Guisando, desde cuyos muros el rey veia llegar á los llanos su hermana la princesa (2). Dos de los cinco toros de piedra berroqueña estan despedazados, y los restantes no tardarán en serlo. ¿Qué mas? Del pueblo de Navahondilla, en la falda del cerro, no queda en pie sino un pedazo de la torre de la iglesia. Mas reprimiendo las reflexiones que á la imaginación agolpan en aquella soledad tanta gloria, tanta ruina y tanto olvido, vengamos á nuestro propósito.

Encuéntrense los toros dentro ya de Castilla la Vieja, casi á igual distancia de Talavera, Segovia y Toledo, entre Cebreros y Cadalso, poco mas de media legua al norte de esta población; se apartan al Ocaso una muy corta de la de San Martin de Valdeiglesias; al pié de la asperísima sierra de Guisando (nombre de inflexion goda), junto á la cañada real, donde por ser camino cosario ó cursado (como dice el elegante cronista de los gerónimos), erigieron la memoria de aquellos bultos de piedra.

Si en lo antiguo fueron toros ó elefantes, *adhuc sub judice lis est*; á mí me parecen lo segundo: en todos hallo el agujero donde se engastaba la cola, no los respectivos á los cuernos, y me sería muy difícil afirmar si el pié es redondo ó de pezuña hendida. Pero si, como las obras de aquel desalmado pintor Orbaneja, piden un letrado que diga: *este es gallo*, démosles el nombre con que son conocidos en la historia, el mismo que les dieron Cervantes y los reyes de Castilla. Mas acertada va la opinion que los tiene por obra de romanos, y no de cartagineses, porque en ninguno de los trescientos y tantos monumentos de esta clase que hace dos siglos se contaban en la península, jamás se advirtieron caracteres pónicos, y si por el contrario inscripciones latinas (3).

Son de una pieza con el plinto sobre que descansan, y estan colocados á este modo:

1 2 3 4
3

Al 1 le falta la espalda. El 2 roto los piés cayó á tierra; pero el 3, ya en el siglo XV, destrozado y partido se confundia con los muchos pedruscos de aquel sitio. Por eso el cronista murciano Diego

(1) Fué su sitio muy cerca, y al mediodía de los toros. Estos se hallaban dentro de una vña del *bon via* de San Martín, propia de los gerónimos, que ha desaparecido. Una bardilla de piedra, de que dison diez pasos, los defende contra el camino.

(2) No debe confundirse á Guisando, villa del partido de Arenas de San Pedro, con el monasterio de gerónimos de Guisando, enclavado en el partido judicial de San Martín de Valdeiglesias.

(3) Fellicor discurre sobre ellos en su *Burgisthema*, ó explicación de la casa de Borja. Tienen todos estos simulacros figura de elefantes, boceros ó javalies, y gozan de celebridad los de Beja, Evora, Ciudad-Rodrigo, Toro, San Felices, Salamanca, Lumbrales, Contienza, Ledesma, Tordillos, Monleon, Palomares, Avila, Villatoro, San Juan de la Torre, el Berraco, Segovia, Coca, Torralba, el Molar, Guadarrama, Talavera la Vieja, Baños y Segorbe. El toro de la puente de Salamanca era nombrado por la inolvidable calabazada del Lazarrillo de Tormes. En uno pequeño de Avila se leia esta memoria: á Burrieno, hijo de Maolon.

BVRR.
MAOLONIS.
F.

Rodriguez de Almela hacía los años de 1481 habló únicamente de cuatro toros en su *Tratado ó compilacion de las batallas campales que son contenidas en las estorias escolásticas é de España*. Muchos escritores lo han repetido después: yo mismo, sin embargo, he visto los grandes fragmentos del 5 en la colocacion que dejo indicada (1).

Famosas por todo el mundo son las supuestas inscripciones de los simulacros de Guisando, relativas á la guerra de César con los hijos de Pompeyo, fingidas según el testimonio de D. Antonio Agustín por Ciriaco Anconitano. El P. Sigüenza, voto de mayor escepcion en el caso presente, las conceptuaba no muy auténticas; y de ellas jamás en estas moles ha visto nadie el menor rastro. No hace fuerza que en sus cartas inéditas el licenciado Juan Fernandez Franco diga que «Juan Gines de Sepúlveda las vido y leyó con atencion» y le remitió un traslado, porque es indudable que lo que hubo de ver este fueron las tablas enceradas, con los caprichosos letreros, colocadas en la hospedería del convento desde mediados del siglo XVI, para cebar la curiosidad de los viajeros y hacer renombrados aquellos montes.

Hay discordancia en el paraje donde estaban esculpidas las inscripciones. Quién dice que se hallaban en las ancas de los toros; quién que en los costados; quién que en los plintos. Todo es falso. Pero no puedo resistir á la tentacion de trasladarlas á esta carta en nuestro vulgar romance:

1.
Desbaratados aquí en los campos de Baza
los hijos del Gran Pompeyo, Sexto y Gneo,
fenebió en gran parte la guerra de César y de la patria.

2.
Al cónsul Cecilio Metelo
dos veces vencedor.

3.
El ejército vencedor,
rotos los enemigos.

5.
En honra de Lucio Porcio,
que administró escelerentemente la provincia,
pusieron este monumento
los pueblos Batestanos.

Compadeciéndose mal tales memorias con los montes de Castilla la Vieja, forjaron algunos geógrafos por aquí una region *Batestana* con su capital *Batesta*, y soñaron ciertos historiadores, entre ellos el arcediano D. Lorenzo Padilla, que después de la jornada de Guadalete, el príncipe moro Abeniyuzaf tomó carros é ingenios, y arrancando con su ejército de los campos de Ronda, llevó estos simulacros hasta donde había plantado sus triunfadores estandartes. Doctos varones creyeron la fábula, que es fácil de engañar el hombre verídico, y por lo menos logran siempre convertir la historia en un caos los traficantes en mentiras.



Sin embargo existe, y existirá mientras la piedra, una inscripcion legitima, entallada en el costado derecho del 4 toro con buril muy profundo, para desarrebozar las imposturas del Anconitano; em-

(1) Entre el primero y el segundo hay 6 pies de distancia; pero entre cada uno de los otros dos media la de 45. La altura del que va dibujado al frente de esta carta, es de 6 pies, sin hacer mérito del zócalo; el largo, desde mitad de la frente á la cola, 10 pies 6 pulgadas; el grueso de esta mole 11 pies 3 pulgadas.

pero valiéndose de inexacta copia, Morales y Mariana la interpretaron mal. Hé aquí su sentido:

4.
Longino puso esta memoria
á Prisco Calecio, su padre.

No es fácil averiguar el destino que tuvieron estos monumentos en su origen. Parece lo menos aventurado suponerlos piedras terminales de regiones ó provincias, y pudiera sospecharse fueron erigidos en el sétimo consulado de Augusto (727 años de Roma, 27 antes de Cristo), cuando se reformó la division del hispano territorio. Acomodada á la civil la de los obispados, y conservando fielmente la Iglesia los estatutos antiguos, hallamos para afirmar semejante opinion datos muy apreciables en la circunstancia de concurrir en estos sitios los confines de las diócesis de Toledo, Avila y Segovia, y en remotísimos tiempos los limites de las regiones de los *carpentanos* y *vettones*, *vaceos* y *arevacos*. Durante la república también pasaba por aquí la linea que dividia la España ulterior y citerior y las provincias *Bética*, *Tarraconense* y *Lusitana*, y de ello nos ha quedado memoria en una piedra que cita Masdeu, la cual estaba seis leguas al Norte en el puerto de la Palomera, con tales palabras:

Hic est Tarraco et non Lusitania.
Hic est Lusitania et non Tarraco.

Todo pues conspira á estimar como términos de espesadas regiones y provincias los renombrados toros de Guisando.

Puestos en una estensa llanura tienen al cierto las montañas de Avila; á cuya parte convirtiendo la vista, hallamos que durante la dominacion romana se acercaban los *vaceos* hasta las viñas de Tiemblo por el N. N. O., y de allí se extendian por todo el Norte los *arevacos*. La vega y poblacion de San Martín de Valdeiglesias al Oriente, y al Mediodia las siempre verdes cumbres de Cadalso con su *Peña-Muñana*, el arroyo de Tórtolas y el puente que divide ambas Castillas, estaban enclavados en el límite setentrional de la *Carpentania*, y juntamente los toros. Miran estos al Ocaso, donde á un tiro de fusil descuella el monasterio y la Sierra de Guisando, la cual pertenecía á los pueblos *vettones* en aquellas edades primitivas.

Está vestida en todo tiempo de gran hermosura y variedad de plantas, entapizándola robles, acebos, pinos, jaras, yedras, cipreses y laureles, y otras mil diferencias de silvestres árboles. En el siglo XIV, reinando Alfonso XI el de las Aljiciras, se acogieron á unas cuevas que la naturaleza concertó y dispuso para la vida contemplativa á la mitad de aquellas asperezas casi inaccesibles, cuatro ermitaños de los que vinieron de Italia y se extendieron por todo el reino toledano, muerto el senense fray Tomás Sucho, el cual los había encaminado á la soledad de las selvas. Cuevas y gran pedazo del monte eran propios de Doña Juana Fernandez, aya de la reina Doña Juana Manuel, que noticiosa de la santidad de los huéspedes, les dió aquella parte de sierra, en cuyos poyatos levantaron un claustro y un pequeño templo. Tal principio tuvo el tercer monasterio de Gerónimos de Castilla, erigido al fin en 1575 por fray Pedro Fernandez Pecha con autoridad apostólica. A la sazón se componia la comunidad de treinta religiosos, y fué electo primer prior fray Alonso Rodriguez de Biedma, varon de ejemplares costumbres. Merced á la proteccion de D. Juan I, quedó en poder de los Gerónimos todo el pinar y monte por la suma de 14,000 maravedis: hacienda propia de dos hermanos de Avila, y que por adquirirla habían pujado los Bernardos de S. Martín de Valdeiglesias. Entonces se tomaron y encañaron las aguas, y á la fertilidad del terreno se añadieron las ventajas del cultivo que convirtió aquel paraje en una selva encantada. Rotos y cegados hoy los arcaduces, y obstruidos por las raíces de los árboles, el agua no salta ya ni cae en hilos por los peñascos poblándolos de frutales; el hacha trunca pinos y robles; y algun fuego, desgracia cotidiana de nuestros montes, hará de aquellos sitios un páramo lastimoso.

Años adelante el obispo de Burgos D. Alonso de Fonseca ayudó con 50,000 maravedis á los Gerónimos para que levantasen mejor claustro en otro poyo mas bajo de la cuesta; pero incendiado el pinar en 1549, y devorado por las llamas el monasterio, se edificó de nuevo utilizando algo de lo que pudo salvarse. En esta ocasion le fueron insignes bienhechores los marqueses de Villena, la iglesia y el obispo de Avila, y juntamente Felipe II; pudiendo las artes ostentar todavía mucho de las galas con que se ataviaron en aquel siglo de ingenio y de saber. El P. Sigüenza encarece como de lo bueno que entonces adquirió el monasterio las pinturas del monje Juan Correa, cuyo nombre y estado no llegaron á noticia del diligentísimo Cea Bermudez; grande ocasion para lucirme yo con esta noticia cogida al vuelo, si V., señor canónigo, no levantase la consideracion á cosas y ocupaciones mas altas. Salud, etc.

27 de julio.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE SEGUNDA.

VII.

Un tesoro.

—Sabe pues, mi querida Marciana, prosiguió el jóven en el mismo acento de misterio, que yo soy rico, muy rico, pero no es este el sitio á propósito para hacerte partícipe de mi secreto. Ven conmigo, añadió tomando de la mano á Eugenia que le siguió en silencio, y llevándola á corta distancia de aquel sitio, y junto á un álamo corpulento bajo el cual habia una especie de oyo cubierto de tierra—prefiero enseñarte mi tesoro para que te admires y comprendas en toda su estension mi felicidad; y mientras decía estas palabras, Mario, arrodillado al pié del árbol, levantaba la tierra con las manos, y en pocos momentos dejó descubierto el agujero, y patentes á los ojos de Eugenia lo que aquel sin duda llamaba sus tesoros, los cuales se reducían á un montón de huesos de caballo ú otro animal cualquiera.

La hermosa niña no pudo reprimir un grito de sorpresa al ver aquel terrible espectáculo; necesitó llamar en su auxilio todo su valor, y el interés que la inspiraba aquel infeliz para no huir de allí precipitadamente. Por fortuna, Mario, después de detenerse un momento á contemplar aquellos asquerosos restos con la misma alegría del avaro contemplando verdaderas riquezas, volvió á tapar el hoyo, mirando recelosamente á todas partes, como si temiera ser sorprendido en esta operación.

Luego, notando que Eugenia llorosa y abatida se habia sentado en el tronco de un árbol derribado, se acercó á ella, y con el rostro radiante de placer le dijo:

—¿Has visto, Marciana mía, has comprendido cuán poderoso soy? ¿Tienes tú noticia de algun soberano que posea iguales riquezas? Con esas perlas de tan extraordinaria hermosura, con alguno de los muchos diamantes que tengo ahí encerrados, podía comprarse una provincia entera. El día en que *ella* me lo mande, reservaré las mas bellas de esas pedrerías para hacerla una diadema imperial, y vendiendo luego las restantes, me transformaré en el primer potentado de Europa.

Y sin embargo, continuó Mario, ¿crees tú, querida Marciana, que yo soy un ambicioso vulgar, que aprecio ese tesoro por egoísmo ú orgullo, como sucedería á la mayor parte de los hombres que se hallasen en igual caso? No, mil veces no. Yo he deseado ser rico para acercarme á *ella*, para rodearla de todos los goces, de todos los prestigios del mundo, para elevarla un altar donde seré al mismo tiempo el sacrificador y la víctima; pero no creas por eso que *ella* me ama por mis riquezas, sino porque ha comprendido el culto ardiente y sin igual que la he consagrado; porque ha querido hacerme enteramente dichoso; porque ha hallado en mi corazón otros tesoros de ternura mas ricos, mas apreciables todavía. Atiéndeme bien, Marciana, voy á contarte mi última entrevista con *ella*; tú juzgarás si aquella alma poética y sublime puede descender á tan mezquinos deseos.

Ayer por la noche la vi en este mismo sitio donde ahora nos hallamos. Hacía mucho tiempo que yo la esperaba, para enseñarla, como á ti, esas riquezas. Ella las miró con desden, y con su voz tan dulce y tan firme al mismo tiempo, me dijo echándome miradas altivas: ¿Y es esto todo? ¿Me has enseñado esas piedras preciosas para deslumbrarme? ¿Cifras en ellas las bases de nuestra felicidad? ¿No la comprendes sino en medio de la opulencia?...

Yo la interrumpí temeroso, porque hay en *ella* algo que me impone. —¿Alma de mi alma! la dije estrechando sus bellísimas manos, ¿por qué me entristeces con esos reproches? En cualquier estado á que me reduzca la fortuna, siempre seré dichoso á tu lado; pero ya que el cielo me ha hecho rico, ¿por qué despreciar sus dones, que podemos emplear tan dignamente? Amada mía, esta noche he tenido un sueño muy agradable, que quiero contarte, pues quizá es un presentimiento de los goces que nos esperan.

Era una hermosa mañana de primavera, y al salir el sol bajábamos nosotros por la escalera de nuestra quinta. En el patio nos esperaban una porción de desgraciados que te deben su subsistencia. Uno te pide que socorras á su madre, que está postrada en cama, sin poder atender al cuidado de su numerosa familia; otro te ruega que nuestro administrador le baje el precio de su arrendamiento en atención á lo escaso de la cosecha; un padre te suplica le adelantes una pequeña cantidad para eximir á su hijo que va á entrar en quinta; y todos te rodean confiados, ninguno se dirige á mí, porque saben que yo solo soy el primero de tus vasallos.

Tú los consuelas y accedes á sus ruegos, y en medio de sus bendi-

ciones llegamos al sitio donde nos espera la alegre tropa de nuestros monteros y ojeadores. La jauría al verte corretea y se acerca á ti saltando; *Lis*, tu yegua favorita, piafa de alegría, al recibirte en su gallardo lomo, y todos nos ponemos en movimiento.

Pocos instantes después comienza la caza. El monte resuena con el galope de treinta caballos; el placer se ve retratado en todos los semblantes; se disponen las paradas, resuenan las alegres trompas, se sueltan los perros atados al salir de la quinta, que parten tras de la pista como una exhalación.

La caza es una fiesta real, y cuando se hace contra un lobo que ha diezmado los rebaños de las cercanías, es casi un deber; por eso tú, descendiente de reyes, amas sus variados lances, sus peligros y su animación; por eso sueltas la rienda á tu yegua, y acompañada por mí, traspones las zanja, vuelas sobre las colinas embriagada de gozo, y olvidando en medio de tu arrebatado entusiasmo que eres la mas tierna, la mas delicada de las mugeres...

—¿Querido mío! me interrumpió Eugenia mirándome con ternura, cierto que es un sueño muy hermoso, muy digno de ti: mas... ¿es preciso que poseamos quintas, jaurías y caballos para realizar los sueños de tu ardiente imaginación? ¿no has soñado alguna vez como yo con una casita blanca, muy blanca, á la orilla del mar, al pié de la montaña, oculta como un nido entre los árboles? ¿No has pensado en las delicias de una vida solitaria, consagrada al amor, en los largos paseos por el monte aspirando el perfume de la clemátida y de la belladona, viendo el sol de la tarde teñir de púrpura las puntas de los peñascos, oyendo el ruido de las esquilas lejanas, ó el canto del leñador? ¿No te has sentado otras veces en la orilla del río, á la hora de la siesta, á la sombra de los sauces que se bañan en la linfa? ¿No has surcado conmigo las serenas olas del mar, en las noches del otoño, en un ligero esquife rápido como una gaviota de blancas alas? ¿No has contemplado desde allí la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, elevando tu alma á la contemplación del que los creó tan hermosos? ¿No has arrancado moras de dulce sabor, de entre las zarzas de los vallados, ofreciéndomelas después? ¿No me has leído en las noches de invierno los versos de nuestros inmortales poetas, hablándome luego de tu cariño en un lenguaje aun mas tierno que el suyo?...

—Oh luz de mis ojos! la interrumpí yo embriagado de alegría, besando mil veces sus manos, aquellas manos que enloquecerán de amor á un artista tan luego como las contemple! ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, para oír de tus labios esas palabras que me enajenan? ¿Qué voz, qué lenguaje podría expresar el infinito amor que llena mi alma! Ah! me parece que todas las caricias de la tierra no serían suficientes á hacértelo comprender... Yo no me creo digno de gozar contigo: quisiera padecer, morir por ti...

Pero ¿Dios mío! exclamó Mario de repente, levantándose y mirando al cielo, el sol ya comienza á bañar el bosque; ya debe ser la hora en que *ella* me espera en el extremo del vallado. Marciana mía, adios; y cuidado con que me guardes el secreto... Adios, adios...

Y diciendo estas palabras el pobre loco se alejó precipitadamente.

VIII.

Pasión.

Eugenia volvió á la quinta ya bien entrada la mañana, y pasó el resto del día al lado de su padre y de su tío el conde de Guadiela. La tierna jóven estaba al parecer serena, pero mas pálida y silenciosa que de costumbre. Los dos ancianos notaron su tristeza, y su tío la propuso que le acompañase á Sevilla, adonde debía regresar aquella misma noche á pasar una temporada al lado de su familia, en la que habia dos primas de Eugenia, que se habían educado con ella en París. El conde redobló sus instancias con tanto mas motivo, cuanto que su hermano el marqués de Guadalupe tenia tambien precision de hacer un viaje á Córdoba, donde le llamaba el arreglo de un pleito muy considerable, y la jóven debería marchar con su padre ó quedarse sola en la quinta durante algunos días.

Eugenia se escusó al principio; mas luego, como cediendo á secretos pensamientos, prometió á su tío acompañarle á Sevilla, y hasta hizo los preparativos del viaje con una especie de afán que llenó de satisfacción á los dos ancianos.

Hay emociones en el corazón humano que pocos comprenden, pero que nadie podría expresar. Nosotros por tanto nos hemos abstenido en definir las que sintió Eugenia después de su encuentro con Mario; y siguiendo en nuestro propósito, solo diremos que amaba por la primera vez, que aun no tenia diez y siete años, y que este amor era sin esperanza; con lo cual habremos dicho lo suficiente para que el lector pueda formarse una idea mas ó menos aproximada de lo que sentiría aquella alma tan tierna y apasionada.

Eugenia llegó á Sevilla con su tío, y fué recibida por su noble familia con el mayor júbilo. Desde entonces las fiestas se sucedieron para ella sin interrupción: sus primas, que la amaban tiernamente, la

la rodearon de los mas afectuosos cuidados, y la pobre jóven procuró, aunque en vano, borrar de su imaginacion el recuerdo de Mario. Frecuentemente se perdía en hondas meditaciones; su palidez aumentaba, y muchas veces la sorprendieron contemplando un retrato de Platon, obra de un pintor célebre, que el conde de Guadiela tenía en gran estima, porque la enamorada niña había creído descubrir cierta semejanza entre aquel filósofo, que debe su nombre á la hermosura de su frente, y el sublime loco que moría por ella.

Sin embargo, Eugenia luchaba aun, y no quiso regresar á su quinta de Carmona, aun cuando hacia dias que su padre se hallaba ya en ella; pero no pudo resistir mucho tiempo; y comprendiendo que sería inútil prolongar por mas tiempo su martirio, volvió al lado del marqués, acompañada por dos criados de la confianza de su tío. El noble anciano quedóse sorprendido al ver á su hija, tan demudada le parecia, y en vano la preguntó con interés si tenia algun disgusto ó algun deseo que motivase su tristeza y desmejoramiento. Eugenia disimuló.

Una vez en la quinta, comenzaba para ella otra nueva lucha.

Durante una semana limitó sus paseos al jardín que aun hoy dia rodea esta lindísima posesion: después se aventuró á acercarse al bosque, hasta que por último cediendo á un impulso irresistible llegó hasta *La silla del marqués*.

Allí permaneció muchas horas esperando ver á Mario; pero este no se presentó. Al dia siguiente la pobre jóven aguardó tambien en vano, y cada vez mas inquieta se acercó al sitio donde aquel tenia enterrado su pretendido tesoro... Nada... la misma soledad... Eugenia volvió á la quinta, agitada por un triste presentimiento.

Desde entonces sus padecimientos llegaron al mas alto grado; pero no obstante luchó valerosamente, luchó por última vez, bien así como el que en la mitad de un rio, próximo á un remolino que va á tragarse, se esfuerza por evitar el abismo.

Mas ¡ay! todo fué en vano; la apasionada niña sucumbió; y perdido el juicio, sin darse ella misma tiempo á reflexionar, determinó salir á toda costa de la horrible incertidumbre que la atormentaba.

Una tarde montó en su yegua favorita, y después de recorrer el bosque en todas direcciones, se dirigió sin titubear hacia la casa de Mario, llena de esa energia que dan los grandes dolores; pero conforme se aproximaba, sentía vacilar su resolucion.

Combatida por mil ideas opuestas, llegó por fin á la entrada de la calle de tilos que conduce á la puerta de la alquería, y allí se detuvo á reflexionar un pretexto para penetrar en ella, cuando vió á una anciana, que con todo el apresuramiento que sus años le permitian, se acercaba á aquel sitio, y que no bien estuvo á cierta distancia, exclamó dirigiéndose á Eugenia:

—¡Ah mi buena señorita! el cielo la envia sin duda: si quiere V. hacermne un favor, él se lo premiará. Estoy sola, y un hijo mio enfermo se me muere por instantes: deseo ir al pueblo á buscar al médico; pero no me atrevo á dejarle solo... si quisiera V...

—Entiendo, buena muger, entiendo, exclamó Eugenia herida en lo mas profundo de su alma; id descuidada, yo cuidaré de él durante su ausencia.

—Dios se lo pague á V., señorita. En la primera puerta á la derecha, en un cuarto del piso bajo, está *mi hijo*... Yo no tardaré en volver.

Y Marciana, pues era ella, se encaminó apresuradamente á T... mientras que la angustiada niña traspuso casi al galope la calle de árboles que la separaba de la casa.

Llegado que hubo, se apeó de su yegua, atóla á una reja del edificio, y penetró en él en un estado imposible de decir.

A corta distancia del portal encontró la puerta designada por la anciana, y empujándola suavemente, hallóse en una habitacion oscura, en que deslumbrada por la claridad exterior no pudo distinguir objeto alguno, pero en la que oyó una especie de quejido que resonó dolorosamente en lo intimo de su corazon.

A poco rato, acostumbrada ya á la ténue claridad que penetraba por la rendija de una ventana, pudo distinguir los objetos, que se reducian á una tosca mesa, algunas sillas, una alacena situada entre las dos ventanas del cuarto, y en el fondo de este una cama sumamente aseada, y en donde Eugenia distinguió el pálido semblante de Mario.

Trémula, poseída de angustia, se aproximó al lecho, y al ver de cerca al infeliz jóven, retrocedió asustada exhalando un grito de sorpresa y dolor.

Los ojos de Mario estaban ya velados por las sombras de la muerte; su boca se contraía convulsivamente; un estertor ahogado salía de su pecho, haciendo levantar la ropa que le tapaba, y en resolucion, se notaban en él todos los espantosos fenómenos con que comienza la agonía.

Al oír la exclamacion de Eugenia, el enfermo la miró sin dar señales de conocerla. Entonces ella, arrastrada por la pasion, volvió á acercarse, y dejándose caer sobre una silla, contempló un instante aquel rostro cadavérico derramando torrentes de lágrimas que desahogaron su corazon.

Luego, incorporándose de repente, se inclinó mas hacia aquel mártir, y recordando cuánto había sufrido por ella, con cuánta fé, con cuánta abnegacion la había amado, ¡qué vida tan rica! ¡qué inteligencia tan divinamente dotada concluía en él! sintió un exceso de ternura indecible, y olvidándolo todo, prorumpió en dulces y amorosas palabras.

—Mario, amado mio! decia la desolada jóven con toda la vehemencia de aquella pasion tanto tiempo reprimida, ¿me oyes? Soy yo... Eugenia, Eugenia, que está á tu lado... y que te ama; Eugenia que daría la mitad de su vida por salvarte, y el resto por gozar una hora de tu amor... ¿Pero no me oyes, Mario? ¡La voz de la que tú tanto has querido, no puede llegar hasta tí?... ¡Dios mio! ¿por qué me conociste, por qué me dejas cuando ya no puedo vivir sin verte? ¿qué haré yo en el mundo sola con tu memoria y con mis remordimientos?... ¡Ay! ¿por qué has dudado? ¿por qué me ocultaste tu corazon?... ¿No comprendías que vale mas que todas las riquezas, que todas las jerarquías de la tierra?...

A medida que Eugenia hablaba, los ojos del enfermo se iban animando por grados, como si todo el resto de su vida se hubiera reconcentrado en ellos; luego se agitó con un movimiento convulsivo, y por último, haciendo un esfuerzo supremo, el esfuerzo del alma que impulsada por aquella pasion inmensa, venció un momento hasta á la muerte, incorporóse repentinamente sobre la cama con toda la agilidad de la salud; y hermoso, trasfigurado su rostro por la última chispa de inteligencia, y por el último y primer momento de aquel gozo anhelado tanto tiempo, señaló con la mano hacia la alacena de que ya hemos hecho mencion, y en la que sin duda estaba el manuscrito y los recuerdos que tenia de Eugenia, y espresando en una mirada todo un poema de amor, de gratitud y de felicidad, tomó la mano de la tierna niña, y estampando en ella un ardoroso beso, cayó inerte sobre las almohadas del lecho...

Aquel instante de felicidad suprema le compensó de todos sus padecimientos; y en aquel beso se exhaló su alma...

¡Cuán triste y solitario está el bosque! ¡qué desnudos los árboles, qué calladas las aves y las fuentes! El invierno reina durante muchos dias, y en el invierno los árboles gimen batidos por el viento, las fuentes lloran, y enmudecen las aves.

Mas... oíd... la campana de la aldea turba el silencio de los campos... suena el toque del mediodía... y en el musgo del bosque se oye el ruido de pasos que le atraviesan... luego se abre la puerta del cementerio: una forma aérea, una silfide quizá aparece, se arrodilla junto á una humilde tumba, y llora.

Después reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba agita el viento una corona de siempre-vivas colgada de un sauce funeral.

Enpero el invierno apenas marchita el pais de las flores y del sol, y la primavera engalana otra vez aquel suelo donde la vida es un encanto... Vedle; ya viene el abril con sus verdes hojas, con sus auras, con sus leales golondrinas, con su sávia de amor...

Oíd... oíd... la campana de la aldea se oye sobre los mil rumores de los campos, como el grito de la conciencia en medio de los placeres de la vida. El florecido césped del bosque resuena bajo el ruido de pasos que le atraviesan... Luego, la puerta del cementerio se abre...

Una forma aérea, una muger, un ángel quizá, aparece, se arrodilla sobre una humilde tumba, y llora.

Después... reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba mece el oloroso céfiro una corona de siempre-vivas, colgada de un sauce funeral...

El otoño... ¡ah! ¿por qué es tan melancólico el otoño? ¿por qué entonces el alma se recoge y medita tristemente?... ¡Ay! porque aun recordamos los esplendores del estio que acaba, y el rigor del invierno que se aproxima; bien así como en la mitad de la vida suspiramos por los pasados gozos de la juventud, y tememos los dolores de la cercana vejez.

Pero... escuchad... escuchad... La campana de la aldea anuncia la hora en que el labrador se detiene; el leñador se sienta sobre el tronco que acaba de derribar, y los pastores echan mano á su zurron, mientras los perros los rodean saltando...

Mas el bosque permanece silencioso; ninguna huella hace chascar las hojas secas... El cementerio está solitario... La humilde tumba yace abandonada... y las ráfagas de octubre no mecen como antes una corona de siempre-viva, colgada del sauce funeral...

Un poeta. ¡Oh! ¡Habrá muerto!

Un escéptico. ¡Eh! Se habrá consolado.

F. MORENO y GODINO.

LOS CONFITES DE CUPIDO.

CANTILENA.

Si vas, niño hermoso,
con ala veloz
y al dueño adorado
de mi corazón,
pintando el tormento
que en mi pecho siento
haces que palpita,
te doy un confite.

Dile que en su ausencia
mi vida es penar,
y que sin su cielo
no faltan jamás
ni á mi pecho enojos
ni llanto á mis ojos:
si esto le repites,
te doy dos confites.

Si de la madeja,
envidia de Ofir,
desatas travieso
el lazo gentil;
y de la que adoro
traes dos hebras de oro
(aunque se las quites)

te doy tres confites.

Como de sus ojos
(cual brilla al albor
llanto de la aurora
en naciente flor)
cojas una perla
que pueda yo verla,
y sal facilites,
te doy seis confites.

Deja el arco y flechas,
yo te las tendré:
corre; ve volando
á mi dulce bien;
y si este suspiro
que de mi alma espiro,
á su alma trasmites,
te doy diez confites.

Como otro en retorno
puedas conseguir
de su labio hermoso
de ardiente rubí;
si tú lo que pido,
yo te doy, Cupido,
cuanto solicites
y para confites.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.



La presente lámina pertenece al folletín del periódico LAS NOVEDADES, hácia el cual llamamos la atención de nuestros suscritores, para que vean las mejoras que acaba de introducir.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.